



pentagrama

Lectorium Rosicrucianum

La voz del silencio

Sobre la vida y la obra de George Mead

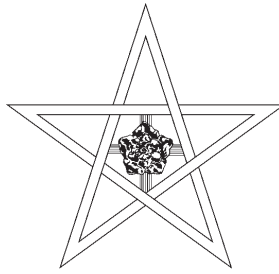
Eco de la gnosis

A propósito de «la voz del silencio»

«Tu Dios - Mi Dios»

tratado sobre la unidad y la multiplicidad





Revista de la Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea Lectorium Rosicrucianum

Redactor Jefe

A.H. v. d. Brul

Responsable editorial

P. Huis

Redacción

Pentagrama

Maartensdijkseweg 1

NL-3723 MC Bilthoven, Holanda

e-mail: pentagrama.lr@planet.nl

Edición, administración y suscripciones

Fundación Rosacruz

Padre Rico, 8 bajo dcha.

46008 Valencia

web: www.fundacionrosacruz.org

e-mail: secretaria@fundacionrosacruz.org

Precios de suscripciones

4,00 € por número

21,00 € año*

*gastos de envío incluidos para el territorio nacional.

© Stichting Rozekruis Pers.

Ninguna parte de esta revista

puede ser reproducida sin la

autorización escrita del editor.

La revista pentagrama aparece seis veces por año en holandés, alemán, español, francés e inglés.

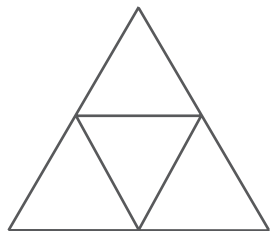
En brasileño, búlgaro, finés, griego, húngaro, italiano, polaco, ruso, eslovaco, sueco y checo, sólo aparece cuatro veces por año.

Depósito legal:

GI 1005-95

La revista **pentagrama** se propone atraer la atención de los lectores sobre la nueva era que ha comenzado para el desarrollo de la humanidad. El pentagrama siempre ha sido el símbolo del hombre renacido, del hombre nuevo. Es igualmente el símbolo del universo y de su eterno devenir, por el que tiene lugar la manifestación del Plan de Dios. No obstante, un símbolo sólo tiene valor cuando se convierte en realidad. El hombre que realiza el pentagrama en su microcosmo, en su propio pequeño mundo, se mantiene en el camino de la Transfiguración. La revista **pentagrama** llama al lector a realizar esta revolución espiritual en sí mismo.

pentagrama



Cuántas veces no suspiramos, ocupados como estamos en una vida febril: «¡no vivo, soy vivido!» En el primer artículo, ¡el gnóstico Jan Van Rijckenborgh (1898-1968) nos muestra que somos vividos por eones! Doce concentraciones de fuerzas que aunque provienen del pasado no han desaparecido en absoluto y tampoco quieren desaparecer. Ellos nos tienen continuamente ocupados. Razón por la que Jan van Rijckenborgh puso el acento sobre la única posibilidad que tenemos: elevarnos al «decimotercer eón», un campo magnético particular y puro, a saber, como la Pistis Sophia en el evangelio del mismo nombre. Esto nos conduce al teósofo y gnóstico George Mead (1863-1933) que, entre otras cosas, tradujo el evangelio de la Pistis Sophia. Los tres artículos siguientes son textos del simposio del 28 de noviembre que tuvo lugar en el Centro de Conferencias de Renova con el título: Las Voces del Silencio, dedicado a George Mead, a Mme. Blavatsky y a su libro -una joya- titulado *La Voz del Silencio*. Esas alocuciones fueron precedidas por textos de la literatura mundial sobre «el silencio», alguno de los cuales encontrará en este Pentagrama.

Así que, tras haber experimentado algo sobre la naturaleza del silencio, el último artículo titulado «Tu Dios - mi Dios», nos conduce a una reflexión, contemplación, en el templo de la Rosacruz. «Lo único nunca será reconocido; sólo podemos deducir su existencia de la multiplicidad. Sin embargo, es más verdad que la multiplicidad».

La redacción espera que, partiendo de la multiplicidad de esta edición, podrá percibir ese mensaje: «Esfuézate, oh alma, en adquirir la verdadera comprensión, gracias a la existencia y aprende a conocer lo esencial de las cosas. Y sabe, oh alma, que no moras en este mundo, que de él tú no puedes llevarte nada. Comprende el significado del Uno, y abandona la multiplicidad».

Deseamos que esta lectura le inspire.

32 año nº 3 2010

índice

el particular poder del decimo tercer eón **2**

J. van Rijckenborgh

la voz del silencio **16**

Renova, simposio 2009

• • Hermes Trismegistos **18**

• • una vida al servicio de la palabra **20**

*sobre la vida y la obra de
George Mead*

• • eco de la gnosis **26**

• • a propósito de «la voz
del silencio» **32**

«tu dios y mi dios» **36**

*tratado sobre la unidad y
la multiplicidad*

Cubierta:

La rosa, como consecuencia de su delicada forma, de su perfume y de su sutil belleza, es un símbolo particularmente adecuado de la vida del alma, imposible de formular. En una leyenda oriental, una rosa blanca es un don del Altísimo. Su belleza exalta a un ruiseñor que se posa sobre su tallo. Él canta un himno sublime pero las espinas le pinchan en la garganta y la rosa se tiñe de rojo. Finalmente, el Sol cura la herida y reviste la rosa con reflejos de oro irisados, color de la perfección absoluta

el particular poder del decimotercer eón

J. van Rijckenborgh

Suponga que formásemos mentalmente una determinada imagen y que la conserváramos durante muchos años, que la inculcáramos en nuestros hijos y la presentáramos a todos los que quisieran unirse a nosotros. Suponga además que nuestros artistas la dibujasen, la pintasen, la esculpiesen, que nuestros poetas la cantasen... Así puede imaginarse cómo se forma un eón en la esfera astral. Son proyecciones de corrientes de pensamientos y deseos humanos constantemente mantenidos, proyecciones vivificadas hasta tal punto que terminan por dominar y gobernar a la humanidad.

Estos eones, cuya fuerza crece sin cesar porque son continuamente alimentados por los hombres, despojan de su fuerza de luz a todos los seres humanos orientados gnósticamente que entran en la esfera astral. Este desposeimiento tiene lugar normalmente cada noche para todos los alumnos a partir del momento en que confían su cuerpo al descanso y al sueño.

De este hecho se derivan consecuencias importantes y el alumno serio sentirá la exigencia de substraerse a la esfera astral de la naturaleza de la muerte. Si constatamos que, cuando entramos allí durante la noche, sufrimos en cada ocasión la influencia funesta de este campo, surge la pregunta: ¿Cómo llegar a liberarse de ello? ¿Cómo protegerse de estas influencias?

(Véase Pentagrama nº 2 de 2010)

En *El Evangelio de la Pistis Sophia, Los Libros del Salvador*, se describe cómo Jesús el Señor, tras su resurrección, atraviesa todas las esferas y cam-

pos de nuestro universo, desde abajo hacia arriba, revestido con la gloriosa Luz de los misterios del origen, y despoja a todos los arcontes y eones –las concentraciones y los principios poderosos de esta naturaleza– de un tercio de su fuerza. De ello resulta que, de manera creciente, la influencia de los arcontes y eones sobre el sistema magnético disminuirá y, en un momento dado, cesará completamente.

EL PASADO SIEMPRE HABLA EN NOSOTROS

Desde nuestra caída en tanto que microcosmos, ha pasado un tiempo indecible, tenemos un pasado terriblemente largo tras nosotros. La historia de ese pasado está impresa en el sistema magnético de nuestro ser aural y todo ese pasado continúa hablándole por el sistema magnético del cerebro. Usted está unido a ese pasado de miles de años que su propio microcosmos le ha ayudado a estructurar y a mantener. Resulta evidente que todos los arcontes y eones de la naturaleza dialéctica hacen que oiga su voz regularmente y muchos de ellos dominan actualmente todo su ser. Su ser biológico intelectual –nuestro estado natural– depende completamente de ellos. Determinan nuestra cultura e inteligencia, actualmente en esta vida, en lo que concierne al arte, la ciencia y la religión, así como las diferencias en los planos social, político y económico. Así, dirigen y determinan todo nuestro carácter, instintos y necesidades biológicas, voliciones y conductas personales; así podemos constatar que «nosotros somos de la naturaleza», pero al mismo

La esfera astral de la vida ordinaria está llena de fuerzas impías, llamadas eones o, dicho de otra manera, fuerzas naturales. La palabra eón significa literalmente: duración inconmensurable de tiempo. Esta noción nos explica con claridad qué son los eones en relación con la esfera astral.



Los eones son fuerzas astrales, actividades astrales muy poderosas que se han formado en el curso de larguísimos períodos de tiempo. Son, por ejemplo, proyecciones de deseos y pensamientos del género humano alimentados durante tanto tiempo que se vuelven tan vivos en la esfera astral que finalmente dominan a la humanidad y la someten. Los escritos gnósticos de la antigüedad las clasifican en doce grupos.



Joven con un bálamo oloroso y una tela, símbolos de la purificación y de la consagración. Bajorrelieve al estilo de los reyes de la dinastía arqueménida, encontrado en la residencia de Jerjes en Persépolis (siglo VI a.C.)

Nacimiento de un eón según Goethe

Hace veinticinco años, H.C. Binswanger, en su libro *El Dinero y la Magia (Geld und Magie)* analizaba la economía moderna sobre la base de Fausto, de J.W.Goethe (1749-1832) que escribió su tragedia tomando como fundamento a Fausto, alquimista del siglo XVII que vendió su alma al diablo a cambio del poder y del placer. Poeta eminente, de espíritu previsor reconoció qué desafíos y qué peligros representaba la economía que comenzaba a desarrollarse. Su personaje, Fausto, es en su drama aquel ser humano que busca la felicidad y la realización, pero que no encuentra en ninguna parte lo que Mefistófeles le había prometido a cambio de su alma, ni en el amor a Gretchen tan unido a los deseos y al placer que le proporciona, ni en sus viajes a los reinos místicos de los espíritus.

Al final de su vida, Fausto recibe del emperador el derecho de arrebatar al mar una parcela de tierra que tiene que encauzar y desbrozar. Pero la transformación del terreno económicamente prometedor obliga a sacrificar fríamente a la anciana pareja amorosa de Silemón y Baucis, expulsándoles de su pequeña casa con jardín. Se dice que «del espanto se quedaron sin vida».

Entonces, en el momento en que Fausto cree haber alcanzado su meta más alta, se vuelve ciego. Oye como los trabajadores cavan y cree que obtienen nuevas tierras, pero en realidad están cavando su propia fosa. Que Mefistófeles no consiga el alma de Fausto corresponde a la visión optimista del género humano de Goethe, que ve el Mal como cierta fuerza dinámica susceptible de engendrar el Bien, lo que revelan las siguientes palabras de Mefistófeles en el momento de su primer encuentro cuando preguntó a Fausto quién era y Mefistófeles le respondió: «Una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y siempre engendra el bien [...]», o «Yo soy una parte de aquella parte que al principio era todo, una parte de las Tinieblas que se dio nacimiento como Luz». Que el alma de Fausto sea salvada finalmente por potencias superiores, Goethe lo explica haciéndolas decir: «A quienes siempre anhelando se esfuerzan, podemos liberarles».

tiempo deberíamos decir más exactamente «que somos de la naturaleza de los eones» y que, en la situación actual, son los eones quienes, de hecho, determinan nuestra naturaleza.

NOSOTROS CREAMOS NUESTROS PROPIOS DIOSES Por consiguiente, preguntamos de nuevo: «¿Qué son esos arcontes y eones de los que habla la sabiduría gnóstica?» Son poderosos principios y poderosas concentraciones, ciertas tensiones y relaciones electromagnéticas que intervienen en este mundo. Demos algunos ejemplos: Usted se encuentra en una isla totalmente inhabitada e inhabitable; no tiene casa, ni ropa, ni fuego. Usted es un ser biológico dotado de una conciencia biológica, un ser que es únicamente consciente de que existe. El mundo en el que habita es duro, frío, hostil, infinitamente cruel; por consiguiente, el instinto de conservación, la lucha por la existencia, va a jugar un papel preponderante. No lo puede evitar: es la ley fundamental de la naturaleza.

Sobre la base de esta ley fundamental se desarrolla progresivamente su conciencia intelectual. Esto comienza con la memoria donde se registran las consecuencias negativas de la lucha por la vida, con el objetivo de estructurar un pensamiento a partir de las experiencias memorizadas, y de llegar a resultados positivos a partir de las consecuencias negativas de esta lucha por la vida.

Cada cual procura obtener resultados positivos en esta naturaleza y esto –usted lo comprenderá ahora– sobre la base de las necesidades biológicas

del momento. En primer lugar, es una actividad del cerebro. Mentalmente, el ser humano hace un plan, un plan para conservar, para la auto-conservación.

Cuando esta concepción mental está acabada y él continúa trabajando mentalmente en ella, ésta crece en su campo de respiración y, en determinado momento se convierte en una obsesión que le dominará. Entonces, es poseído por su plan. Y así se ha creado un pequeño arconte, un dios natural. Según una fórmula particular, las radiaciones de una parte del campo electromagnético natural han sido transformadas en un principio electromagnético particular alojado en un microcosmos. ¡Ha nacido un dios natural individual!

Cuando cada vez más gente es arrastrada por la preocupación de su propia conservación, crean juntos un poderoso dios natural. Entonces aparece un poderoso campo electromagnético cuya fuerza es más poderosa que la de los arcontes individuales. Con esta nueva e importante fuerza se puede realizar, en parte, el plan de salvaguardia. Entonces ese dios natural, ese arconte, es exaltado y honrado por su éxito y se estructura un plan de tres maneras:

- Se establece un culto para el arconte.
- Se desarrolla un arte religioso para sostener ese culto.
- Y se constituye una ciencia, con el fin de mantener los primeros resultados no plenamente satisfactorios.

Y uno se esfuerza por perfeccionar el plan. Así vemos como el arte, la ciencia y la religión fluyen

La visión que tiene Binswanger de este drama es fascinante. Entre otras cosas, comenta la escena del primer acto de *Fausto II*, en la que Fausto, considerado como el héroe titular de la corte del emperador alemán, hace una exposición sobre la creación y la consideración del dinero. Para dar, de nuevo, medios financieros al emperador en plena bancarrota, hace que el diablo Mefistósfeles imprima billetes con la firma del emperador. La garantía son las materias primas no extraídas todavía de las tierras del imperio. Así una cosa sin valor intrínseco, el papel moneda, es transformada en medio de pago para estimular la economía. Según Binswanger: «la economía moderna, en la que la impresión de billetes, de papel moneda, juega un papel central sería una continuación de la alquimia con otros medios».

La reciente reedición de *El dinero y la Magia* quizá sea la señal de que *Fausto II* es, sobre todo, «de una actualidad que es difícil de comprender». Goethe, a comienzos del siglo XIX, previó aquello de lo que todos nosotros estamos hoy convencidos: el crecimiento de la economía es el más importante indicador del desarrollo exterior de la humanidad. «Justo en tiempos de crisis en la concesión de crédito», explica Binswanger, «la obra maestra de Goethe se revela como un texto clave».

Pero, ¿puede la humanidad actuar de otra manera? ¿Acaso no mantenemos cada uno de nosotros a estos arcontes y eones?

del instinto de conservación del ser humano. Frente a este descubrimiento existen dos actitudes: uno puede ser un creyente religioso o no. En relación con los arcontes, esto no representa ninguna diferencia esencial. Cada uno está por su arconte y cada uno sólo cree en el suyo, no en el de cualquier otro.

COMPORTAMIENTO DE LOS ARCONTES En razón de la cantidad del tan dinámico alimento mental que reciben, los arcontes crecen de forma increíble. Existe una ley científica natural: «Cada cosa es atraída por su semejantes, incluso cuando luchan entre sí». Las concentraciones, las concepciones electromagnéticas bosquejadas anteriormente, se reúnen a un nivel superior si sus vibraciones son semejantes. Estos poderosos principios de poder se reúnen en forma de concentraciones, dicho de otra manera, los arcontes se unen y forman los eones. Los eones son nubes de arcontes de vibraciones semejantes. Y si consideramos a los arcontes como los dioses naturales, a nivel planetario, entonces evidentemente los eones son dioses naturales de formato universal, son dioses inter-cósmicos.

Así, uno puede imaginarse lo siguiente: en el largo período que dura una era, de abajo hacia arriba, los instintos biológicos, las tendencias y las necesidades de la humanidad dialéctica pueblan el universo con poderosas fuerzas y, por medio de ellas, surge una poderosa «contranaturaleza». ¿Una contranaturaleza? Si, pues todos esos eones y arcontes son la expresión de indecibles necesi-

dades de la humanidad, de condición fundamentalmente miserable. Pero, ¿puede la humanidad actuar de otra manera, tiene otra alternativa? ¿Acaso cada uno de nosotros no mantiene a esos arcontes y eones?

Sólo nos queda ahora examinar si existe una salida, una solución a ese problema. Ahora bien, hay dos soluciones: una negativa, la otra positiva.

En la naturaleza dialéctica existen grupos de radiaciones electromagnéticas fundamentales en rotaciones, que ejercen su influencia de acuerdo a una regularidad determinada. Esos arcontes y eones perturban esas radiaciones y sus influencias; las desvían de su trayectoria, las dispersan.

Esas transformaciones electromagnéticas efectuadas por la humanidad provocan una desarmonía perpetua, como sabe, que agrava las condiciones de vida en la naturaleza dialéctica. Esos dioses que los propios humanos han creado les aportan una especie de «ayuda» sospechosa.

Usted concibe que, dado que los planes de la humanidad jamás se han realizado completamente, deba proseguirse el cultivo de los arcontes y de los eones, lo que hace que aumente la desarmonía con relación al campo magnético fundamental. Y así se llega a un límite, a una crisis.

El campo magnético fundamental está unido a todo el universo y como éste es más fuerte que el de la nube de los eones, cuando la crisis sobreviene, no hay vertimiento de las fuerzas universales por las vías de la transformación en las fuerzas eónicas, sino que ocurre lo contrario: se realiza una gran limpieza. Y esto es algo que se

repite en el universo periódicamente. De esta manera, la fuerza de los eones es debilitada. Son, como dice la Pistis Sophia, privados de la tercera parte de sus fuerzas. Cuando los eones son privados de un tercio de su fuerza, esto significa, entre otras cosas, que el sistema magnético terrestre es separado de ellos. Desde ese momento, ya no pueden ejercer su fuerza sobre los seres humanos, ni éstos actuar por medio de ellos. Y quizá usted piense: «¡Tanto mejor!» ¿Pero usted se ha dado cuenta de que es necesario poner algo diferente en su lugar? Si el trabajo de los eones es aniquilado, la humanidad regresa al origen del mundo dialéctico, a su punto de partida biológico. La armonía de las fuerzas fundamentales se restablece entonces en el universo dialéctico y el ser humano se encuentra, como al principio, sin ninguna cultura. La cultura artificial se desprenderá de él. La civilización es aniquilada. Sólo mora el hombre biológico, desnudo.

LA PUERTA DE SALIDA Como usted comprenderá esto es extraordinariamente dramático. El hombre alcanza un límite y regresa al punto de partida. Ha creado muchos dioses y, habiéndolos creado y rindiéndolos culto, ¡prepara su muerte! Pero si queremos escapar a ese destino, cuyo curso tantas veces hemos seguido en tanto que microcosmos, entonces debemos regresar y tomar otro camino, el camino del decimotercer eón. Pues el decimotercer eón, constata la Pistis Sophia, es el único a quien la fuerza no le es arrebatada durante las crisis y los inevitables cambios de la



historia del mundo. Como consecuencia de lo cual, el decimotercer eón y los que pertenecen a su sistema continúan su desarrollo.

En la Pistis Sophia, con mucha frecuencia, se habla de esferas. Las esferas de los arcontes y de los eones, a decir verdad, igualmente fuerzas de la naturaleza que no explican la naturaleza fundamental del universo dialéctico aunque surgen y actúan con la ayuda de sus leyes. A los arcontes y eones se les puede considerar como transformadores electromagnéticos construidos por los seres humanos; transformadores que fuerzan a las corrientes fundamentales de la naturaleza dialéctica a dejarse transformar, canalizar y cambiar por ellos. Así tiene lugar, periódicamente, un conflicto electromagnético en el universo. Desde el momen-

«Vuestro oro no es nuestro oro»

Según la leyenda, Fausto era un alquimista. Goethe vio en la economía moderna —en la que la creación del papel moneda juega un rol central— una continuación de la alquimia con otros medios. La impresión de la moneda de papel reviste cierto carácter mágico. Para Binswanger «indicador de la magia es que algo se realice fácilmente, sin esfuerzo, de forma rápida e ilimitada. Esto es lo que caracteriza a la magia. Piense en el prestidigitador que, en un giro de su mano, hace salir de su manga un número aparentemente sin fin de pequeños pañuelos. En lugar de hacer oro a partir de plomo, la economía moderna hace dinero del papel, crea, sin límite, valores sin contrapartida material».

Goethe nos muestra cómo Mefistófeles inspira a Fausto la idea de convencer al emperador para que imprima dinero de papel que lleve su firma. Mefistófeles espera «como parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal», que esto acabe en inflación y el caos. Pero Fausto utiliza este dinero para explotar nuevas tierras y así estimular la economía. De esa manera frustra la expectativa de Mefistófeles que «quiere siempre el mal» y ahora de nuevo, de alguna manera, acaba «siempre por hacer el bien». Quien invierte dinero recientemente generado puede transformarlo en valores, por consiguiente, lo transforma en realidad. Ésta es la alternativa de la inflación, y el sueño de Fausto puede aparentemente durar. Es también el espejo perfecto de la existencia dialéctica actual.

En Fausto, el emperador otorga a los bancos el privilegio de emitir billetes y de crear, así, dinero de papel. Hoy ocurre lo mismo, los bancos tienen la licencia para operar con el dinero en depósito. El estado las sostiene en la medida en que cada uno puede transformar este dinero ficticio en medio de pago legal en especies. Goethe hace decir a Fausto: «Adquiero poder, bienes». El dinero escriturario se vuelve una realidad, una propiedad.

El ser humano se ha establecido como señor de la creación. A esta dominación sobre la

to en el que el poder de los arcontes y los eones supera cierto límite, se desencadena una revolución intercósmica con el objetivo de restablecer el equilibrio perturbado, ¡pues este equilibrio está unido a todas las galaxias!

Una de las consecuencias de tal conflicto es «la supresión de un tercio de las fuerzas de los eones y de los arcontes», según expresión de la Pistis Sophia, lo que significa la ruptura de la unión de la humanidad con los arcontes y los eones. Una vibración magnética totalmente extraña a la humanidad, con una longitud de onda y una fuerza de expansión absolutamente diferentes, rompe los lazos existentes desde hace milenios entre el sistema magnético del cerebro y el ser aural, de una parte, y los dioses naturales, de otra.

Como consecuencia de lo cual, la humanidad, separada de sus creaciones mentales, marcha a la deriva. La cultura de la humanidad, obra de los eones, es aniquilada y la humanidad regresa a su punto de partida. Al mismo tiempo, pierde totalmente la memoria, pues se suprime toda la red de puntos magnéticos en el ser aural y en la personalidad, lo que hace que el ser humano actual regrese al ser humano primitivo del inicio.

Esto se prosigue hasta cierto mínimo biológico. El universo, nuestra naturaleza, es purificado totalmente de los arcontes y de los eones. Y, en un momento dado, comienza un nuevo período cultural. La rueda gira de nuevo, alcanza la cima y de nuevo desciende. ¿Cuántas veces ha cumplido nuestro microcosmos este periplo?

NATURALEZA DEL DECIMOTERCER EÓN

Cierta parte de la humanidad es responsable de la creación del decimotercer eón. Para comprenderlo, tomemos el siguiente ejemplo: un ser humano pasa por un gran número de experiencias, dolores y penas, y vierte bastantes lágrimas y experimenta bastantes sufrimientos. Descubre que todo el esfuerzo que hecho no ha servido de nada; que todo lo que ocurre ya ha ocurrido en los siglos pasados. Así percibe la verdadera naturaleza del mundo dialéctico.

Entonces presupone, con razón, que ello no es el objetivo de la existencia humana: que debe haber algún fallo en la base de la manifestación universal. Se pone a establecer un plan que concierne a la idea, a la concepción mental, para liberarse de la naturaleza dialéctica, de la naturaleza de la muerte que conoce bien. Y para realizarlo, está dispuesto a cualquier cosa, a su ofrenda total, a dar su vida.

Entonces, ¿qué hace? Crea un arconte, no para conservar esta naturaleza sino para huir de ella, para escapar. Después encuentra a otras personas que también buscan el sentido de la vida. Desde entonces, deja participar a esas personas en su plan de salvación. Ellos contribuyen activamente en ello y los arcontes crecen.

En un momento dado, esos arcontes se reúnen, habiéndose desarrollado en cualquier parte del mundo y forman un eón, el decimotercer eón, todavía muy débil y de naturaleza terrestre.

¿Qué va a pasar ahora? Entre el nuevo eón y los participantes surge una interacción física. Por las

naturaleza también le pertenece el control de las fuerzas de la naturaleza. Fausto sueña con utilizar la fuerza de la marea como fuente de energía eterna e ilimitada. Porque, razona, el que controle las fuerzas de la naturaleza podrá crear «valores» sin tener que trabajar, podrá sobrevivir eternamente en esta naturaleza. Fausto, en su apuesta inicial con Mefistófeles, incluyó el tiempo. Acepta gustosamente perder «su tiempo» si alguna vez puede decir en el «momento más supremo: ¡Quédate conmigo! ¡Eres tan bello!». En ello, Mefisto jamás podrá contentarlo, jamás llegará el instante en el que pueda hablar así. En el momento que parece posible, porque Fausto ve la posibilidad de poder dominar las fuerzas naturales y entonces dice: «En la premonición de una suerte tan sublime, yo gozo del momento más supremo», en ese mismo instante llega su hora y cae muerto.

El reverso de la medalla, es que el dominio de la naturaleza tiene como resultado la destrucción del medio ambiente. En su Fausto, Goethe representa esto por la expulsión de Silemón y Baucis, que deben renunciar a su vida idílica al borde del mar, símbolo del límite con lo superior. Nos inclinamos a ver el perjuicio del medio ambiente sólo como una perturbación del equilibrio natural, pero en realidad se trata de la línea divisoria de la naturaleza original del ser humano: una naturaleza inmortal, que pertenece a un mundo diferente, en la que las fuerzas de la naturaleza se despliegan según las líneas de fuerza espirituales.

En la alquimia, la piedra de los sabios fue considerada como medio para transformar el plomo en oro. En Fausto el «capital» hace la función de piedra de los sabios: cada vez hay más dinero «muerto». En cierto sentido, se trata aquí de un aspecto dinámico del sistema capitalista y, con ello, de nuestra naturaleza. Nuestra economía –al igual que nuestra naturaleza– no tiene ningún objetivo final, jamás lo habremos concluido, jamás tendremos la posi-

bilidad de hacerlo. Nunca alcanzaremos la felicidad, porque está determinada por un progreso ininterrumpido. Pero esto es pura ilusión en el campo material, el verdadero progreso sólo se encuentra en el plano del alma, en forma del desarrollo potencial de la conciencia. El progreso tecnológico que necesita la utilización ilimitada de materias primas constituye una amenaza y lleva en él su propio fin y el nuestro. Estamos como Fausto que finalmente reconoce que no ha estimado la vida sino que la menosprecia para alcanzar su proyecto económico: la eterna felicidad en esta naturaleza. Los banqueros que invierten se ven los dueños del universo, meta que no pueden cumplir. Y esto ha conducido a la crisis financiera actual.

Pero más todavía, nos parecemos a otra figura de Goethe, al aprendiz de brujo: hemos evocado fuerzas que nos es imposible controlar. Como Fausto hemos pensado que podíamos realizar un crecimiento económico duradero, un crecimiento infinito de bienestar material. Es el hilo rojo de la tragedia humana. Pero «su oro no es nuestro oro», recalcan los verdaderos alquimistas...

Fuentes

Hans –Christoph Binswanger, FAZ 30 de junio de 2009, y *Geld und Magie*, Dinero y Magia, 2009.

Pieter Steinz, NRC Handelsblad, 15/10/2009

fuerzas magnéticas transmutadas de ese plan nacen ciertas acciones y una cierta cultura; por consiguiente, dan resultados en el campo natural, pero resultados que todavía no son satisfactorios. ¿Por qué razón? Porque las tensiones electromagnéticas transmutadas pertenecen todavía a la naturaleza común y sólo conducen a resultados en el campo de la naturaleza común.

LA SALVACIÓN DEPENDE DE LA COMPRENSIÓN PROFUNDA La comunidad reunida alrededor del plan de liberación no pierde su valor y continúa avanzando. Sin modificar las líneas de su filosofía, ella aporta correcciones en sus consideraciones. Sobre la base de las experiencias, profundiza en su filosofía. Después llega el momento en el que esta comunidad comprende que debe dejar de emplear las fuerzas electromagnéticas de la naturaleza de la muerte. En consecuencia, mientras que ella, con la mirada orientada hacia el universo inconmensurable, concibe el deseo intenso de otra fuerza de vida fundamental, ésta nace.

Así, de la comprensión, nace el primer anhelo de salvación y, como consecuencia de este primer anhelo, se establece el primer contacto directo –contacto todavía elemental– con la Gnosis, la naturaleza divina verdadera, que no podría explicar la naturaleza de la muerte. Entonces el decimotercer eón no sólo atrae fuerzas de la naturaleza común, sino también las de la naturaleza original.

Se podría decir que el eón de Juan ha nacido.

Hace un plan según el cual es necesario estar dispuesto a cualquier ofrenda, incluso la de su «yo», incluso la de su propia vida



Entonces, en el cuerpo de los miembros de esta comunidad se produce un extraordinario cambio. Los sistemas magnéticos del ser aural, del cerebro y del corazón se adaptan a la nueva situación, en la que, corporal, mental, estructural y fundamentalmente, algunos caminos son enderezados.

Ese desarrollo se prosigue, naturalmente, no sin altercados y caos. El progreso es notorio, una alegría nueva vibra en la comunidad. Pero el egocentrismo le juega todavía malas pasadas. Se viven aflicciones y para excluir totalmente al «yo», aún se deberán realizar numerosas experiencias, por lo



Vaso o copa simbólica encontrada en Persépolis

que es necesaria una nueva unidad de grupo en la que cada cual pueda superar su egocentrismo.

Sin embargo, por el incesante trabajo de la comunidad, el decimotercer eón se afina cada vez más y se armoniza cada vez más con el núcleo magnético divino, perdiendo poco a poco lo que tiene de terrestre. En función de este crecimiento, ejerce una influencia creciente sobre aquellas personas que son atraídas a su esfera.

Por consiguiente, en un momento dado, se vuelve claro que existe un decimotercer eón, cuya existencia ha tomado consistencia. A él pertenecen numerosos arcontes y también una gran comunidad que, aunque todavía en el mundo, tanto tiempo como sea necesario, de hecho, ya no es de este mundo. Ya no existe gran cosa terrestre en su calidad electromagnética y en su naturaleza.

Por lo tanto, es evidente que cuando la crisis descrita aparece en la naturaleza común y todos los arcontes y eones son desprovistos de la tercera parte de su fuerza, nada le ocurre al decimotercer eón porque no transmite ninguna fuerza dialéctica

común.

No aporta a la naturaleza común ninguna violencia y queda, por tanto, sin alteraciones.

No es afectado por nada, así como todos los que pertenecen a su esfera. Si, en la naturaleza común, el desarrollo cultural declina, la evolución de los que pertenecen al decimotercer eón continúa avanzando, de fuerza en fuerza y de magnificencia en magnificencia.

Para el resto de los humanos, la rueda gira volviendo a descender hasta el punto de partida. Cuando después comenzar un nuevo día de manifestación, la humanidad se dirige penosamente ante un nuevo desarrollo cultural, la situación en la manifestación cósmica, sin embargo, ha cambiado como consecuencia de la presencia, en el día de la manifestación precedente, de un gran grupo del decimotercer eón liberado y «redimido». Pues ese grupo no abandona a la humanidad. No está orientado a su propia salvación. ¡La salvación ya está presente! La autoafirmación no existe. El grupo se ocupa de quienes todavía son de la naturaleza y dependen completamente de esta natu-

Ese grupo no abandona a nadie, no está orientado hacia la salvación personal. ¡Y la salvación ya está allí!

raleza común.

Dicho grupo les envía mensajeros, profetas, iluminados, que les llaman. Y si esos llamados se orientan entonces, desde la experiencia, hacia el verdadero camino, el de Juan, sólo tiene que unir su comunidad con esta Comunidad Universal como eslabón de una larga cadena.

Así la Comunidad Universal del decimotercer eón se vuelve cada vez más luminosa, más magnífica, más potente y más enérgica, y la elevación de los santificados cada vez más fácil. Por esto se dice en la *Pistis Sophia*:

«Si invocan los misterios de la magia de quienes se encuentran en el misterio del Decimotercer Eón, lo realizarán de forma segura y con certeza, porque yo no he retirado [...] ninguna fuerza de ese campo».

Que pueda concebir ese proceso de salvación como una gran idea, como una razón superior y seguir con nosotros ese camino de alegría 🌟

Fuentes:

**Jan van Rijckenborgh,
La Gnosis Egipcia Original,
tomo I, capítulo 17;
así como el capítulo 18 de la
Pistis Sophia
(Fundación Rosacruz)**



Torres del silencio

Perdidos en las arenas del desierto de la antigua Persia se encuentran, en muchos lugares, esas torres del silencio. Yacientes en ellas, los adeptos de Ahura Mazda descansan desde hace milenios, ofreciendo su cuerpo; volviendo a dar para siempre sus elementos corporales a los elementos, y su luz a la Luz.

Así, sin comienzo ni fin, con la fuerza de sus pensamientos, Ahura Mazda forma la materia prima original, invisible e intangible, la forma ideal de todos los mundos que nacerán: la propia Divinidad. Es el vestido de la propia Divinidad; y sus criaturas originales serán revestidas con el mismo vestido, inmutable e intangible.

Esta primera materia vive, es vida, pensamiento y sentimiento. De esta primera materia ha brotado nuestro mundo y esas formas luminosas sublimes, nuestra humanidad. ¡El origen del mundo y de la humanidad descansa en el hecho de que algo del Espíritu está presente en la materia!

El comportamiento de los discípulos de Zoroastro estaba fundado en tres elementos: el pensamiento justo, la palabra justa y el comportamiento justo. Así es como los humanos pueden erigir un puente entre nuestro mundo y la materia original.



La voz del



silencio

Renova, simposio 2009



hermes trismegistos

H.W. Longfellow

En el país de los faraones,
con el rostro sonriente,
entronizadas, majestuosas, las esfinges,
dirigen la mirada hacia la Nada.
Imperiosas, las pirámides
se erigen en la arena del desierto
hasta las azuladas alturas.
Bien puedo preguntar a las esfinges
si ven el antiquísimo secreto.

¿Semidioses, reyes, vosotros los Grandes,
el poder de Egipto, tanto tiempo ya pasado!
Sobre piedras veo grabado
vuestros nombres.
Helios, Hefaiostos,
dioses de la antigua casta,
Hermes Trismegistos,
el que guarda su secreto.

¿Dónde están los miles de libros de Hermes,
tesoros de Luz?
A la casta de los sacerdotes
han aportado fuerza,
pero, ahora olvidados, tendrán que descansar.
Como arena del desierto,
alzados por el soplo del viento y llevados al río,
su fuerza de espíritu parece dispersada,
su plegaria de gracia dejó de sonar.

¿Cómo pudiera comprenderle,
al divino, semejante a Dios, sin forma?
Le veo caminar, meditando,
libre de toda norma.
Es intangible en mi pensamiento,
vive en un espacio lejano,
queriendo ofrecerme el ideal,
pero a mí me parece sólo un sueño.

¿Era único, o muchos
cuyos nombres y fama afluyen en uno solo
como un curso de agua que en su lecho junta,
para alcanzar la meta,
muchos ríos que en él afluyen?
Sintiendo en su Ser poderosas fueras,
que alzando las olas,
llevan aguas dulces hacia el mar
desde las innumerables fuentes.

Al borde del Nilo, lo veo, caminar.
Se detiene de vez en cuando,
dispensando para los dioses
el propio corazón, el santo lugar.
Creyendo, sintiendo sus esferas,
-suprema invocación, poema de alabanza-
que los dioses podían concederle
elevarse a su Luz.



En Tebas, la de las cien puertas,
en sus grandes y agitadas vías
anda el iniciado, absorto en sí mismo.
Y entre los ruidos discordantes
de la multitud
el barullo y el alboroto,
oye las voces celestes,
siente el sonido olímpico.

¿Quién podría calificar
a sus sueños de falaces
si no ha atravesado en la luz pura
el inmenso espacio inexplorado
del pensamiento?

¿Quién, confiando en sus capacidades,
según las vanidades que arden en él,
podrá marcar el límite
entre lo humano y lo divino?

¡Trismegistos, el tres veces grande!
En las amplitudes resuena
tu sublime nombre,
que llega a mí llamándome
a través de los tiempos.
Aunque los escritos
de una vida pronto
perecen en las confusiones,
felices aquellos
que no en vano
impregnaron su vida
hacia las alturas.

Sacerdote de Egipto, tu nombre
encontré en un campo majestuoso;
sus sublimes fuerzas entraron
del valle profundo en mi mundo.
¿Qué fue lo que tanto me impresionó,
lo que del Pasado sombrío me envolvió?
Y sentí el Aliento sagrado
como una brisa que se dispó.

In the Harbor, 1882



RENOVA-SIMPOSIO 2009

una vida al servicio de la palabra

Los simposios de otoño que tuvieron lugar en Renova tenían por tema «Las Voces del Silencio». Al mismo tiempo, se dirigió la atención hacia la persona de George R.S. Mead quien, hacía 100 años, abrió las fuentes gnósticas que databan del principio de nuestra era. Para los buscadores de hoy, la fuerza expresiva de esos escritos gnósticos es siempre muy clarificadora. También tenemos el placer de presentar en este número de Pentagrama las conferencias de este simposio.

De alguien que, a los veintinueve años, redactó los ensayos sobre «El alma del mundo» y que, hacia su trigésimo aniversario, publicó un tratado concerniente a Orfeo, una traducción de los Upanishads y una traducción de la «Pistis Sophia» de Valentín – traducciones aún reputadas por sus cualidades sensibles y sutiles – se puede decir que tiene un brillante futuro ante él. Y esto es especialmente válido cuando se considera que estas traducciones, por su capacidad de comprensión y su sutileza son elogiadas aún hoy día. El personaje de quien hablamos ya tenía a esta edad algunas importantes etapas tras de sí porque, como en un remolino, la providencia le había colocado en el medio espiritual más avanzado del siglo. Ciertamente debió preguntarse a menudo cómo había llegado allí.

Nacido en 1862 en el sur de Inglaterra, George Robert Stowe Mead era un joven investigador muy penetrante, agudo, de formación clásica, un joven sabio que descollaba en latín y en griego, y que estudiaba también, entre otras lenguas, el sánscrito. Digamos que, desde su juventud, estaba inspirado por la Gnosis con un sentido particular de la pureza.

Con la energía del fuego de Aries –su signo natal– gracias a la lectura de un libro recién aparecido (1833) que se refiere al budismo esotérico, entró en contacto con la Teosofía y, un año más tarde, con H.P.B., tal como se designaba a la señora Blavatsky en Londres. Tenía entonces 22 años y era maestro de escuela, pero pasaba cada semana de vacaciones y cada verano cerca de

ella. Algunos años más tarde interrumpió su carrera y se convirtió en su secretario personal. En esos primeros años de la Teosofía, esta gran iniciada que era la señora Blavatsky, conocida también con el apelativo de «la esfinge», confió a este hombre de 27 años no sólo la responsabilidad de toda su correspondencia y las llaves de su cofre, sino además la redacción del periódico «Lucifer», órgano de la joven Sociedad Teosófica. También, de vez en cuando, debía liarle sus cigarrillos.

A los miembros más antiguos y más aguerridos de la dirección, a los que todo esto inquietaba, la señora Blavatsky respondía: «*Mind you; George Mead is the only true theosophist!*» (¡Atención, George Mead es el único teósofo verdadero!). Con lo que les calló...

¿Qué es un teósofo? La mayoría de nosotros responderíamos que es un miembro de la Sociedad Teosófica. Ahora bien, la palabra «Teosofía» significa: la sabiduría, sea «concerniente a Dios», sea «que viene de Dios». Bajo esta denominación se encuentran reunidos quienes aspiran y buscan la inspiración y la sabiduría divinas. Los verdaderos miembros de la Sociedad Teosófica eran amantes de esta «sabiduría concerniente a Dios». Se reunían bajo la divisa de la fraternidad universal y su adagio: «tat tvam asi» («Tu eres Eso») representa la unidad con lo divino, al igual que con todos los seres vivos. Se consagran al estudio de los Vedas así como a cualquier otra sabiduría divina que, según Blavatsky, está compuesta de seis sistemas orientales y de uno solo

occidental: La Gnosis.

Sin embargo, antes de esta búsqueda teñida de orientalismo de la Sociedad Teosófica, ya había habido, desde el siglo de las luces -de hecho desde el principio del siglo XVIII en los territorios de Alemania y de Europa central- un amplio movimiento conocido con el denominador común de Teosofía. Por ejemplo, del autor Johann Gichtel, célebre por haber sido el editor de J. Böhme, había publicado en 1710 «*Theosophia Practica*». Personas como Fichte, en Berlín, Lopoukhine, en Moscú y Karl von Eckartshausen, en Múnich, eran pensadores y filósofos conocidos que escribían sobre esta Teosofía iluminada. Más tarde volveremos a ellos.

Ahora bien, para la ciencia del siglo XIX, orientada hacia la materia, esta vía de la Luz, esta experiencia directa de lo Divino, estaba completamente superada. Se oponían a ello como el adolescente rechaza a sus padres porque le parecen anticuados. Tachada, sin más, de obsoleta y de risible, se la negaba con un furor fanático y, algunas veces, se la reprimía con un fanatismo irritante. Mientras que, en las religiones e iglesias anglicana, reformada o católica, este enfoque era considerado como inaudito y escandaloso: sólo el sacerdote, el pastor o el presbítero eran considerados como conocedores de las intenciones de Dios.

Otro es el caso de George Mead: él siguió las huellas mucho más pretéritas, al comienzo de la era cristiana, justo en la época en que según constata «diferentes fraternidades teosóficas estaban activas: las fraternidades de la Gnosis». Esas comunidades, antes, durante y después de Jesucristo, deseaban, buscaban o confesaban la viva religión de la Luz salvadora. Ellas profesaban la fe de la «Teosofía», avanzaban, con el corazón y el alma, hacia la sabiduría de Dios. «Y toda esta gente», escribió en su libro *El Misterio del Mundo*, «ha experimentado, sin excepción, el Alma del Mundo, la ha alabado y ha intentado unirse a ella. ¿Porque, compréndalo bien, de qué otra cosa habrían hablado? Glorificaron lo que es real y tangible, y no las más toscas y fugaces manifestaciones».

Estos seres humanos tenían en común lo que también es importante para nosotros: su conducta y su amor a la Luz, por los que realizaron la experiencia de probar y dejar actuar al propio Dios, a Dios en lo más profundo de sí mismos. Entonces esta acción, esta obra directa de lo divino en el ser humano que se ha preparado para ello, es calificada de actividad del Espíritu Santo. Así, comprendemos ahora, de forma más amplia, más universal, la noción de teosofía, exactamente como la veían, en su tiempo, los fundadores de la sociedad que lleva este nombre. De ese modo, es teósofo, en el sentido verdadero de esta palabra, cualquiera que adopta el pensamiento de la fraternidad universal y se dedica al estudio de la correlación entre lo humano y lo divino supremo.

No era sólo por su ágil mente por lo que Helena Petrovna Blavatsky trató a George Mead como el «único verdadero teósofo» pues, a diferencia de los demás miembros de la Sociedad Teosófica de la época, él no se interesaba únicamente por la sabiduría oriental. En efecto, él consideraba que era su misión desellar y hacer que se volviese a descubrir la séptima corriente de la sabiduría, la de la Gnosis. Mead era un trabajador encarnado, pero si Blavatsky le dio el calificativo de verdadero teósofo, fue a causa de su comportamiento. Ella escribió en *Claves de la Teosofía*: «En la Gran Obra, para liberar el alma en el ser humano, no hay lugar para las personalidades, los seres dotados de un fuerte «ego», sino sólo para aquellas personas que son capaces de mostrarse serviciales y sumisos». George Mead daba muestras de una espiritualidad elevada en su comportamiento de vida.

Especializado en la literatura proto-cristiana, se vuelve, inspirado por Blavatsky, un experto en materia de enseñanza hermética y de gnosis antigua. Sus obras comprenden estudios sobre la Gnosis cristiana y religiones del mundo grecorromano. Toda su energía se consagró al estudio del gnosticismo, del helenismo, del judaísmo y del cristianismo. Además, estaba completamente familiarizado con las filosofías budistas. Publicó una traducción del sánscrito del Bhagavad Gita; bajo la influencia de Blavatsky, editó en inglés una edición del evangelio de la Pistis Sophia, del

Pues, al día siguiente, ya no tenía trabajo, ni ingresos, ni círculo de amigos, ni salidas, ni lectores

que un ejemplar estaba depositado, desde 1785, en el Museo Británico. Es en 1890 cuando esta traducción aparece por episodios en «Lucifer», el órgano de los teósofos (cuyo nombre fue elegido por Blavatsky con el fin de horrorizar a la burguesía cristiana). Por otro lado, «Lucifer» era compuesto por Mead, su principal redactor. C.G. Jung se desplazó a Londres con el fin de agradecer a Mead su traducción de la «Pistis Sophia». Mead aún publicará una serie de obras maestras que van a ser determinantes para el desarrollo espiritual y místico del occidente contemporáneo. La primera apareció en 1900: «Fragmentos de una Fe olvidada»; la segunda, en 1906, es «Hermes, el Tres veces Grande». Estas dos obras pertenecen a lo mejor que se puede encontrar en esta materia. Sus conocimientos son, hasta donde sabemos, rigurosos y están escritos con mucho compromiso y habilidad, comparables con las publicaciones más recientes. Son estudios fervientes y preciosos, sobre la Gnosis y la Sabiduría de Hermes. Mead prueba la existencia de la séptima corriente de la Sabiduría demostrando que, al lado de las numerosas fuentes orientales disponibles en aquella época, existen, evidentemente, también unas fuentes occidentales de la misma calidad. Gracias a él se dispone de textos originales, sutiles y profundos del comienzo de nuestra era. Cincuenta años más tarde, Jan van Rijckenborgh pudo fundar, sobre la Gnosis Original de Hermes y sobre la Pistis Sophia, sus explicaciones del camino que las almas deben seguir.

Pero, en un momento dado, George Mead, honesto hombre, amante de la verdad y de una ética superior, no llega ya a poner de acuerdo su propia moral interior y desaprobó el comportamiento de vida de algunos miembros de la dirección de la Sociedad Teosófica. Tampoco le gustaban el trato con maestros ni los fenómenos ocultos. Consideraba todo esto como obstáculos en la búsqueda espiritual. Por esta razón, Mead declina la oferta de presidir la sociedad, prefiriendo dedicarse a sus propias búsquedas, entre las cuales los escritos gnósticos de los primeros siglos son prioritarios. Un último incidente pone en evidencia que él ya no puede asociarse con la ostentación, la complaciente suficiencia, las ilusiones astrales y las manifestaciones espiritistas que pretenden imponer desde el exterior. En 1908, abandona la Sociedad Teosófica. Fue un acto de gran valor, desde ese momento, explica, «al día siguiente ya no tenía trabajo, ni ingresos, ni círculo de amigos, ni salidas, ni lectores». Con él, abandonaron 700 miembros la Sociedad Teosófica. Un año más tarde, en 1909, con 150 amigos, George Mead fundó «The Quest Society», una organización que se consagró al estudio comparativo de las religiones basándose en fundamentos objetivos y científicos; es, ante todo, una asociación de buscadores según el alma y el espíritu. Sin duda alguna, George Mead se mantuvo así en el impulso de liberación que, durante los años siguientes a la muerte de Blavatsky, se había hecho muy urgente. El mismo impulso obliga a Max Heindel a abandonar también la Sociedad

Teosófica en 1906, y a fundar la «Rosicrucian Fellowship». Rudolf Steiner hará lo mismo en 1912, para continuar de manera autónoma con la «Asociación Antroposófica». Y la iniciativa independiente que tomó Krishnamurti a partir de 1929 se explica por esa misma llamada a la liberación.

Cuando en 1908, George Mead abandona la Sociedad Teosófica, ya ha publicado la mayoría de sus importantes obras sobre la espiritualidad greco-egipcia.

En el vestíbulo de entrada (en Renova) se expusieron, con motivo de este simposio, algunos ejemplares del periódico «The Quest» editado a partir de 1910 por George y su esposa Laura Mead, que permaneció en un segundo plano. En el seno de su asociación del mismo nombre, se reunían cada semana: una vez entre miembros, otra vez para lecturas dirigidas a los interesados. *Quest* significa búsqueda. Excepto estas reuniones, su actividad principal era la publicación del trimestral *The Quest*.

Mead dice sobre esto: «No había dinero pero había algo mucho mejor, numerosos artículos excelentes y contribuciones de primer orden; y el conjunto representaba un trabajo lleno de amor. No podemos permitirnos remunerar a nuestros colaboradores con un solo penique. Éste es el verdadero mérito de *The Quest*, y, como redactor, me siento orgulloso con razón, muy orgulloso por otra parte cuando re veo la lista de mis asociados más estimados. Una lista que a cualquier periódico le costaría superar, obligado a trabajar con los medios que disponíamos». En efecto, en la revista *The Quest* se encuentran contribuciones de autores importantes que comprenden que, bajo el manto del secreto y de los misterios, se encuentra en realidad «la sabiduría eterna» del desarrollo espiritual del ser humano. Entre los colaboradores del periódico se encuentran Martin Buber (1878-1965), Gustav Meyrink (1868-1932), A.E. Waite, W.B. Yeats (1865-1939), Gerhard Scholem (1897-1982) y muchos otros. Tras la muerte de Blavatsky, durante dieciocho años, George Mead ha considerado que para él, mantener encendida la llama de un grupo que trabaja espiritualmente, ha sido no

sólo un privilegio sino también una misión.

En la vitrina están expuestos 11 hermosos volúmenes: publicó desde 1906 hasta 1908 *Ecos de la Gnosis*. El Himno de Jesús, La Crucifixión gnóstica, Los Himnos de Hermes, Los Misterios de Mitra y los Oráculos caldeos que, entre otros títulos, figuran en ella, constituyen una imagen de las corrientes de sabiduría, de alguna manera un eslabón cartográfico de lo que se desarrolló alrededor del Mar Mediterráneo durante los primeros siglos de nuestra era.

La vida de Mead y de sus colaboradores comprende un período que se distingue por las búsquedas de los espíritus más notables sobre lo que constituye el trasfondo espiritual del ser humano. Ésta fue una época de una búsqueda febril de los posibles desarrollos psicológicos y del alma. Este período se extiende desde el mundo del pensamiento de Blavatsky al de un pensador como C.G. Jung y de un músico como Jaap van Zweden, quien relató recientemente (en una entrevista) cómo había sido influido por sus antecedentes teosóficos.

Como pionero particularmente intuitivo en lo concerniente a la Gnosis – lo que Quispel llama la «receptividad a la Gnosis» y que los Rosacruces modernos expresan con la imagen de «la rosa del corazón abierta» – G.R.S. Mead, en tanto que pionero, como hubo sólo muy pocos, puso su vida al servicio de la liberación de aquello que engrandece al Hombre interior: el Hombre-Espíritu original. El «conocimiento de la Gnosis» confirmó su corazón de honesto buscador y su incontestable convicción de la Verdad. Su máxima personal da testimonio de ello: «Conoce pues la Luz y hazte amigo de Ella».✪



Pero, ahora, no hemos llegado aún a tal contemplación. Aún no somos capaces de abrir los ojos de nuestro Ánimo y elevarnos a la contemplación de la belleza imperecedera e inimaginable del bien. Sólo la verás cuando te hayas olvidado de hablar de ella, porque la Gnosis del bien es tanto silencio divino como silenciamiento de todos los sentidos.

Quien una vez la ha encontrado, no puede tener interés en nada más. Quien una vez la ha contemplado, no puede tener ojos para ninguna otra cosa, ni escuchar otra cosa e incluso su cuerpo participa en esta quietud. Como todas las percepciones corpóreas y estímulos han desaparecido de su conciencia, permanece en calma.

Hermes Trismegistos, *Corpus Hermeticum*, Libro 12, versículos 13 y 14.

Este silenciamiento de todos los sentidos significa, a la vez, formar parte del silencio insondable de la naturaleza fundamental. Entonces, en el corazón y la cabeza se despierta el ánimo, como llama Hermes a la interrelación del corazón y la cabeza, y este sistema experimenta una intensa calma interior. Entonces, sensorialmente, se experimenta el silencio insondable de la naturaleza fundamental. En ese silencio es encendido tenuemente el fuego del cuerpo astral.

Toda la violencia del ardor astral, con todas sus consecuencias, desaparece. Y desde este nuevo estado, el cuerpo astral irradia sobre el cuerpo etérico y lo apacigua. Los cuatro éteres santos se liberan como cuatro alimentos santos, que alimentan todo el cuerpo físico, con todos sus órganos incluida la sangre, con el recién nacido silencio, la paz interior. Sólo así es preparado todo el ser para percibir la voz del silencio.

J. van Rijckenborgh, *La Gnosis Egipcia Original*, tomo III.

Los retratos del Fayum están en la cumbre de la antigüedad clásica. Dan testimonio de un refinamiento artístico particular a pesar de representar a personas poco conocidas. Podemos considerar este arte como la expresión última de la conciencia más elevada de una época: poco tiempo después parece que se haya perdido toda esta adquisición y que se anuncie, también en Egipto, el arte primitivo del inicio de la Edad Media. Las momias y sarcófagos egipcios de los alrededores del Fayum estaban decorados, en tiempos del Egipto romano, con una representación del fallecido. Éste, durante su vida, había sido retratado. El artista pintaba «al cuchillo», técnica conocida con el nombre de «encaústica», procedimiento donde se emplean pigmentos naturales disueltos en cera fundida.



RENOVA-SIMPOSIO 2009

eco de la gnosis

Una tradición milenaria nos dice que existe una analogía fascinante entre el macrocosmos y el microcosmos. ¿Acaso los iniciados de todos los tiempos no han atraído siempre la atención hacia el hecho de que cada átomo de nuestro cuerpo ha sido ‘tomado prestado’ del universo y regresará de nuevo a él? Quien quiere comprenderlo, quien quiere penetrar en ello, pone todas sus opiniones preconcebidas a un lado y pone una atenta mirada infantil, que no sabe nada salvo que debe estar muy atento y silencioso si quiere aprender algo.

¿Y qué dice un científico moderno como Andrew Knoll, un astrónomo de la universidad de Harvard? «No estamos separados del universo; y, estudiando el universo, nos orientamos de hecho al espejo en nosotros mismos. La ciencia no describe un universo objetivo que estaría en alguna parte, allí, en el exterior, mientras que nosotros estamos aquí en tanto que entidades separadas. Nosotros formamos parte de este universo, estamos formados de los mismos elementos, elementos que se comportan según leyes válidas en todo el universo. «Somos polvo y en polvo nos convertiremos; polvo de estrellas somos y en polvo de estrellas nos convertiremos»¹.

¿Qué necesitamos para comprender y percibir esto? El científico dice: «Es difícil conocer la verdad; si alguien encuentra algo que se parezca a lo que esperaba encontrar, deberá redoblar el esfuerzo para controlar su método de trabajo. La razón por la que un científico debe estudiar durante años, pasar exámenes, obtener diplomas, un

máster, presentar una tesis doctoral, es porque fundamentalmente debe aprender a conocerse a sí mismo, a examinar sus métodos, sus esperanzas y sus ambiciones».

Y qué dijo el sabio Ibn Tufayl (1105-1185) originario de Cádiz, España, hace casi 900 años: «Para encontrar la verdad se necesita mucho tiempo. Es preciso no ocuparse de ninguna otra cosa, consagrarse a ella con toda su atención. La verdad de la que finalmente nos hemos convencido, la hemos encontrado siguiendo escrupulosamente las indicaciones de la enseñanza universal. Lo hemos hecho hasta encontrar una imagen clara de la verdad, primero con búsquedas y consideraciones teóricas, y en un estadio ulterior, experimentando una contemplación beatífica... Si está verdaderamente determinado a hacer esto y decidido a utilizar en esta tarea cuerpo y alma, al amanecer alabará su viaje a través de la noche viendo sus esfuerzos recompensados. El Señor le gratificará y le dará satisfacción. Él os hará esta sugerencia: «Yo soy tu compañero de viaje que estoy a tu disposición si quieres recorrer el camino menos accidentado, el menos peligroso y el más corto para alcanzar el objetivo»².

George Mead estaría profundamente de acuerdo. Él escribió en el primer tomo de *Ecos de la Gnosis*:

«He pasado mucho tiempo en un mundo de pensamientos elevados y de sentimientos puros, nacidos de mi consagración a las ideas de una de las fraternidades teosóficas de la antigüedad. Esas personas se consideraban discípulos de Hermes, el

tres veces grande, y a veces hablaban de su creencia como de la religión del Nous. Ellas vivían en Egipto antes y al comienzo de la aparición del cristianismo de los primeros siglos.

He reunido y traducido lo que ha quedado de su aspiración y de sus escritos para transmitir sus pensamientos. Los ecos de la Gnosis de Hermes, el tres veces grande, han atravesado así los siglos y se han vuelto perceptibles a los oídos actuales, más completos que antes y espero que también más claros.

Esta Gnosis de Hermes, el diez mil veces grande como se le califica a veces por exaltación, no es simplemente una doctrina: su fundamento es el Amor divino. Ella tiene por base la filosofía verdadera y la ciencia pura del ser humano y de la naturaleza. Es una de las más bellas evocaciones de la Gnosis. Esta religión del Nous, desborda sabiduría y adoración. Para comenzar, es una verdadera religión, verdadera devoción, es piedad y amor, fundada en la justa actividad y pasividad del pensamiento; su objetivo es la Gnosis de la existencia verdadera, el camino del Bien que conduce al ser humano hacia Dios».

Y Mead prosigue:

«¿Acaso hablo demasiado de la Gnosis de Hermes, el tres veces grande?»

Sólo repito lo que él enseña, o más bien sus discípulos.

Contemplo la Gnosis, y no las formas de expresión de los discípulos y oyentes. Todas esas formas de expresión, las numerosas enseñanzas o cursos sagrados de quienes siguen este camino,

sólo son medios para guiar a los hombres hacia este conocimiento de la Gnosis. No son la propia Gnosis. Todo esto es como un manto que contiene en sí la realidad y la gloria de la Verdad.

Lo importante para nosotros es lo que todos los teósofos de la tradición hermética declaran con voz unánime, todos plenamente convencidos interiormente: existe una Gnosis, una certeza absoluta e inagotable. Y ello a pesar de la oposición de las ilusiones que la razón escéptica, los prejuicios y la falsa espiritualidad conjuran a su alrededor».

Mead explica que la causa de la espiritualidad aparente y de la duda es que nosotros hemos olvidado nuestra doble naturaleza y dejamos la dirección de nuestra existencia a nuestra forma mortal. Él explica: «Es el pequeño espíritu del ser humano, el curso de su destino, quien crea la dualidad exterior. El Espíritu superior sabe que el interior y el exterior son dos en *uno*, que se completan el uno en el otro y al mismo tiempo el uno fuera del otro.

En esta religión del Nous, no existe oposición entre el corazón y la cabeza. No se trata únicamente de un culto a Dios racional o sentimental. Sino que se trata del camino de la consagración y el de la Gnosis, los dos son indisolublemente unidos. Incluye las verdaderas nupcias sagradas del alma y del Espíritu, de la vida y de la Luz, la inefable unificación del Dios-Madre y del Dios-Padre, en el ser humano divino. Es el sólo y el único nacido del misterio de los Misterios: el Logos».

Y prosigue:

«Como he asimilado mucho de esta religión del

Nous, quisiera resaltar algunos pensamientos, expresar algunas impresiones de las enseñanzas espléndidas que ese espíritu genial (Hermes) ha grabado en mi memoria:

El cuerpo humano debe ser considerado como un templo, un santuario de lo divino, el edificio de Dios más sorprendente que podamos imaginarnos, más bello que el más bello templo construido por manos de hombres. Pues ese templo natural que la divinidad ha creado, es una copia de la gran imagen, el templo universal donde mora el hijo de Dios, el ser humano.

Cada átomo, cada grupo de átomos, cada miembro, cada articulación y órgano está constituido según el plan divino; el cuerpo es a la imagen del gran sello, la relación de cielo-tierra, masculino-femenino en *Uno*.

¡Pero son muy poco numerosos los que conocen, o sueñan, con la posibilidad de ese templo vivo de lo divino! Nos hemos convertido en tumbas, pues nuestro cuerpo ha perdido su resplandor y sólo vive para las cosas de la muerte, muerte que no está en las cosas de la Vida verdadera.

La Gnosis del Nous nos enseña a hacer circular de nuevo la Vida a través de los canales muertos de nuestra naturaleza corporal. Ella llama al aliento de Dios para vitalizar la sustancia de nuestro cuerpo, para que la inspiración divina haga nacer nuestro «otro yo», la esposa divina en nosotros, perdida desde hace mucho tiempo. Amándola sinceramente, renacerá nuestro verdadero Ser, lo que hace que se pueda hablar del triángulo perfecto, cuerpo-alma-espíritu, resplandeciendo con las tres joyas del hombre perfecto».

«Pero, además de todo esto», continúa este autor, maestro de gran sutileza en lo que concierne a las cosas del alma, «jamás debemos perder de vista la vida práctica en nuestro mundo y en nuestra sociedad:

La Gnosis no depende del tiempo y del espacio, mientras que el ser humano está condicionado por las diversas formas de la manifestación. Quien ha

renacido en la Gnosis, pasa del estado de ser humano al de ser humano verdadero y de Cristo; o como Hermes lo describe: del estado de ser humano al de Dios; o incluso, en el lenguaje de quinientos años antes de Hermes, del estado de boddhisattva al de Buda».

Después Mead llega al punto esencial de su exposición:

«Si comprendo bien, la esencia del pensamiento gnóstico es la creencia que el ser humano puede superar los límites de la dualidad y devenir un ser divino consciente. Él debe resolver el problema de su temporalidad y superar sus límites presentes. Para lograrlo no necesita aumentar sus conocimientos de la ciencia moderna, de la filosofía o de las religiones, ni de lo poco que ha recibido de las tradiciones incompletas de las ciencias mencionadas del pasado, transmitidas por una sucesión de generaciones ignorantes y negligentes. Sólo son mediocres alimentos para quien quiere participar en el mundo espiritual gnóstico. Es verdad que en la hora actual sabemos más que nuestros antepasados de la física, de la teoría del conocimiento y de muchas otras cosas que conciernen al mundo de los fenómenos, ¿pero sabemos algo más que los gnósticos del pasado sobre la Gnosis en tanto que experiencia viva?

Para volver a la Gnosis: uno debe consagrarse a la Gnosis que es Dios. La ofrenda verdadera de sí mismo «no es otra cosa que la gnosis de Dios», como lo dice Lactancio en una cita de Hermes. Esta consagración conduce a «la contemplación total y perfecta», y abarca el «aprender a conocer las cosas reales, a reflexionar sobre su naturaleza y el conocimiento de Dios, dicho de otra manera: «ser instruido en la Enseñanza Universal y en la Visión sublime». Y esta Visión sublime no es, si lo he comprendido bien, ser conducido sobre las nubes con exaltación, sino recibir una percepción del existente Ser Esencial, el Solo y Único Bien en todo. Pues el maestro de ese camino enseña a su alumno que «la Gnosis del Bien, que es la

No se deje arrastrar por la corriente descendente, sino que aproveche la corriente que le trae hacia la orilla; ponga rumbo al puerto de la salvación y eche el ancla

Gnosis de Dios» la contemplará sólo cuando ya no pueda formularla. Porque la Gnosis del bien es el silencio sagrado y cada órgano sensorial llegará a descansar. Es el acceso «al conocimiento universal, a la inteligencia que engloba todo». Pues quien la percibe, ya no puede ver, percibir, ni oír ninguna otra cosa... E irradiando alrededor de su Nous, la Gnosis irradia a través de toda su alma, su radiación diluye todo su cuerpo y lo transforma en un Alma verdadera.

Pues es posible, hijo mío, que un alma humana que se absorbe en la belleza del Bien se vuelva semejante a Dios, incluso si ella mora aún en un cuerpo humano.

Es el 'devenir Dios' o 'apoteosis' del ser humano: se vuelve semejante a Dios, volviéndose él mismo un Dios. La belleza del Bien es el orden cósmico y la naturaleza de las consideraciones es la auto-realización, por la que el alma es puesta en contacto con el alma cósmica.

Y de nuevo, el verdadero discípulo de la Gnosis advierte a la multitud contra la «salvaje corriente» de la ignorancia:

No se deje arrastrar por la corriente descendente, sino que aproveche, si es capaz, la corriente que le trae hacia la orilla. Ponga rumbo al puerto de la salvación y eche allí el ancla. Busque entonces a quien le tomará por la mano y le guiará hacia las puertas de la Gnosis. Allí brilla una luz clara que disuelve la oscuridad y ninguna alma es adormecida, todas están lúcidas y todas ven con los ojos del corazón de Quien quiere ser percibido. Ningún oído puede oírlo, ningún ojo puede verlo, ninguna

lengua puede hablar de Él, a parte del Noûs (el Espíritu) y el corazón.

Con algunos de esos cortos fragmentos de la Gnosis del Noûs, elegidos entre una profusión de escritos sublimes, George Mead termina el primer tomo del *Ecos de la Gnosis* «con la esperanza de que haya algunas personas que lean esos escritos y se enriquezcan interiormente».✪

1. Natalie Angier, *The beautiful basics of science* (La belleza básica de la ciencia). Londres, Baber & Faber, 2008
2. Abu Bakr Muhammed Tufayl Hayy Ibn Yazgan. Una alegoría filosófica de la España de los Moros. Ámsterdam, Edición Bulaaq, 2005

*Mira a Tao y no lo verás; se le llama incoloro.
Escucha a Tao y no lo oirás; se le llama silencioso.
Palpa a Tao y no lo tocarás; se le llama inmaterial.
Faltan palabras para esbozar esta triple indeterminación;
por ello se fusionan en una.*

*Lo más elevado de Tao no está en la luz;
su más ínfimo no está en la oscuridad.
Tao es eterno y no puede ser nombrado con un nombre;
ininterrumpidamente retorna al no-ser.*

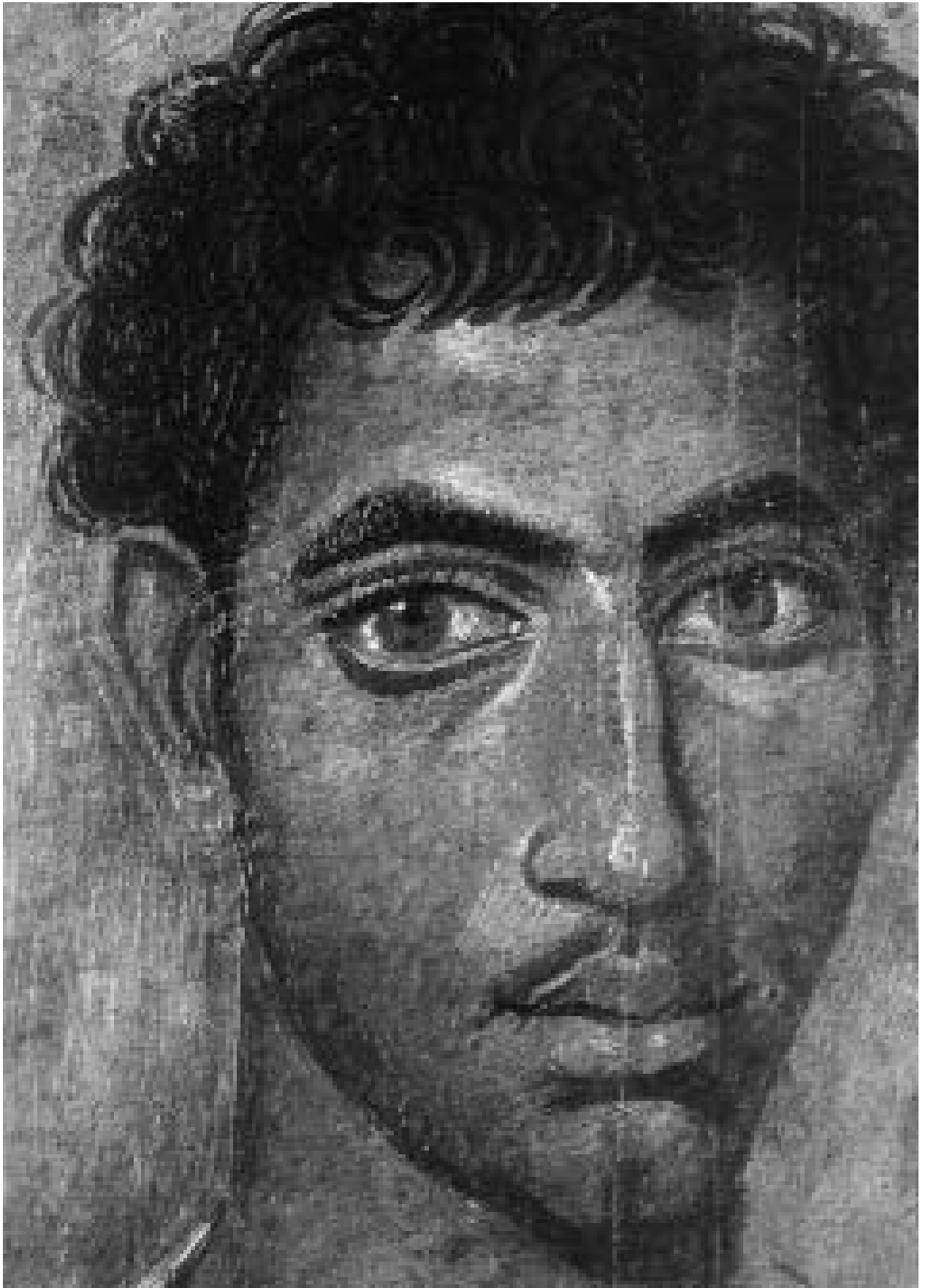
*Te aproximas a Tao y no ves su comienzo.
Le sigues y no ves su final.
Debes sondear el Tao de la antigüedad para poder gobernar
sobre la existencia del presente.
Quien conoce el principio de lo originario,
posee el hilo de Tao.*

Lao Tse, *Tao Te King*, capítulo 14, Libro I

*Todos los pueblos del reino afluyen hacia aquel
que puede comprender la gran idea del Tao.
Ellos acuden a él y no caen en peligro.
Él les conducirá hacia la calma y la alegría.
Por los maravillosos alimentos y la música,
permanece el extranjero transeúnte.*

*¡Pero cuando el Tao se expresa por nuestra boca,
parece verdaderamente soso, sin gusto!
Nuestra mirada se vuelve hacia Él
y no le reconocemos claramente.
Lo escuchamos pero no oímos con claridad.
Queremos servirnos para todo de Él, pero es inagotable.*

Lao Tse, *Tao Te King*, capítulo 25, Libro I





RENOVA-SIMPOSIO 2009

a propósito de «la voz

En 1889, H.P. Blavatsky escribió a sus amigos franceses: «mi médico desea que repose, por lo menos, durante quince días. Tengo necesidad de cambiar de aires». Tras lo cual, recibe una invitación para ir a Fontainebleau, cerca de París. Esta proposición venía de una amiga americana de Boston, la mujer de un senador de los Estados Unidos, Ida Candler, que reside allí con su hija. H.P. Blavatsky permanece allí tres semanas.

A l poco de su llegada, escribió a su hermana Nadia, en una carta llena de ánimo: ese cambio le sentó muy bien. Ella, que no tiene más remedio que desplazarse en silla de ruedas, dice que ha paseado mucho, incluso «sobre sus propias torpes piernas, entre enormes robles y pinos escoceses, con nombres totalmente históricos. Simplemente, he morado todos los días en el bosque».

Sin embargo, en la historia del esoterismo, su visita a Fontainebleau no es remarcable porque haya ido allí por un cambio de aires, sino sobre todo porque allí escribió una gran parte de *La Voz del Silencio*. Quizá escapar de la atmósfera contaminada y brumosa de Londres ayudó a escribir este precioso libro.

En su autobiografía, la Sra. Annie Besant hace la siguiente mención de su visita a Fontainebleau donde HPB comenzó *La Voz del Silencio*: «Fui convocada a París para [...] un gran congreso que debía celebrarse del 15 al 20 de julio, y fui a pasear un día o dos a Fontainebleau junto a H.P.

Blavatsky, que residía allí para reposar durante algunas semanas. Allí la encontré ocupada en traducir maravillosos fragmentos del Libro de los Preceptos de Oro, ahora conocido con el título de *La Voz del Silencio*. Lo redactó rápidamente, sin hacer siquiera un borrador; aquella tarde me lo dejó para que juzgase si «el inglés era aceptable». Herbert Burrows estaba presente así como la Sra. Candler, una fiel teósofa americana; y nos sentamos alrededor de HPB durante la lectura. La traducción estaba realizada en un inglés perfecto y magnífico, fluido y musical; sólo encontramos dos

palabras que cambiar y ella nos miró como un niño sorprendido, asombrado, de nuestras alabanzas, alabanzas que suscribiría cualquier persona literariamente sensible que leyese ese maravilloso poema».

La Voz del Silencio ha dado lugar a muchos escritos. El célebre budista zen Dr. Suzuki, ha testimoniado de la autenticidad de ese espléndido opúsculo. Escribió al respecto: «Sin ningún género de dudas, la Sra. Blavatsky fue iniciada hasta cierto punto por las enseñanzas profundas del Mahayana y ella informó de lo que, en tanto que teósofa, consideraba para el mundo occidental».

Y George Mead, ese hombre a quien hemos prestado tanta atención a lo largo de este simposio, cuenta que HPB le había invitado a leer el manuscrito de *La Voz del Silencio*. Él nos cuenta: «Yo le dije que era lo que más grande que había en toda nuestra literatura teosófica. Y, contrariamente a mi costumbre, intentaba expresar con palabras algo del entusiasmo que había sentido durante la lectura. Pero HPB no estaba satisfecha con su trabajo y me transmitió su inquietud al respecto, diciendo que en su traducción no había logrado reflejar perfectamente el original... Era uno de sus mayores rasgos característicos. Jamás estaba segura de su trabajo literario y escuchaba con mucho interés todas las críticas, incluso de personas que habrían hecho mejor callándose. De forma bastante extraña, se preocupaba por sus mejores artículos y trabajos, y tenía más confianza en sus escritos polémicos.

La Voz del Silencio comprende, de hecho, tres partes que provienen del Libro de los Preceptos de Oro. La primera tiene por título el del libro, *La*

del silencio»

Voz del Silencio, la segunda se titula Los Dos Senderos –el de los ojos y el del corazón– y la tercera, Los Siete Portales. En su aparición, la Sra. Blavatsky, declaró: «El Libro de los Preceptos de Oro contiene la sabiduría que debería ser obligatoria en cualquier escuela que quiera acercarse hacia la vida universal del Espíritu».

Cuando J. van Rijckenborgh y los suyos, después de la Segunda Guerra Mundial, reemprendieron el trabajo del Lectorium Rosicrucianum –una verdadera escuela del Espíritu– lo primero que colocó ante la conciencia de los alumnos aspirantes de la época fue La Voz del Silencio. Y él dijo de esta obra:

«El Libro de los Preceptos de Oro es una obra cuyo contenido ha sido hecho y está hecho para los alumnos de las escuelas interiores serias. En consecuencia, el extracto titulado La Voz del Silencio sólo puede ser transmitido a un «muy pequeño número».

Ese pequeño número se refiere a esas personas que quieren hacer todo para llegar a la Luz, al reino original, a la Gnosis, tal como ha sido expresado durante esta jornada. Son quienes, para alcanzar ese objetivo, están dispuestos a «perder su yo» al servicio del Ser humano superior, del hombre divino, para poder unirse a la Luz por el nacimiento del alma nueva.

Tratemos ahora de impregnarnos con la belleza particular y la esencia de La Voz del Silencio:

«Quien quiere oír y comprender la voz del Espíritu, ‘el Sonido Mudo o Silencioso’, debe aprender la meditación espiritual, la naturaleza de Dhâranâ».

Dhâranâ es una perfecta concentración del alma, del pensamiento superior exclusivamente deseado por Dios, que es dirigido sobre tal o cual aspecto interior, mientras que se ha abandonado completamente todo lo que pertenece al universo exterior o mundo de los sentidos. Entonces, el «Otro divino» puede hablarnos en nuestra vida por la unión alquímica, por medio de las bodas alquímicas, que también para nosotros son el gran misterio, el misterio de la Rosacruz.

Esos preceptos están destinados a quienes no conocen los peligros de las fuerzas del alma inferior «Iddhi», es decir: están destinados a quienes quieren seguir el camino de los verdaderamente Grandes, y no se oponen a la corriente de los designios divinos por un instinto de conservación duro como una piedra. Si el alumno deja de «asir la multiplicidad exterior del mundo sensorial, acabará por discernir el Uno».

Entonces se producirá, en forma de un poderoso rayo de Luz que se abrirá paso en las tinieblas de la existencia terrestre, una claridad intensa, la iluminación interior de la que habla la literatura mística de todo el mundo.

Se percibirá la sonoridad interna, que destruirá totalmente la del mundo exterior: la voz de Nada, el «sonido mudo». La Voz del Padre se dirige de nuevo al corazón del Hijo, que es la Luz, que se perdió y fue nuevamente encontrado.

Estimados oyentes, comprenderán que en el tiempo de esta conferencia sea imposible hacer justicia al contenido de esta extraordinaria joya.

A propósito del título, la traducción literal del



**El camino de Chailly a Fontainebleau. 1864 pintura de Claude Monet.
En el Bosque de Fontainebleau, tradujo H.P. Blavatsky, «La Voz del Silencio»**

sanscrito sería: «La voz que resuena en lo espiritual». Ya en el primer capítulo está resumido claramente de qué manera el buscador alcanza el conocimiento y la sabiduría. Debe atravesar tres salas para llegar al «valle de la bienaventuranza»: la sala del dolor ignorante, la sala del aprendizaje purificador, y la sala de la sabiduría. J. van Rijckenborgh ha dedicado un gran número de conferencias sólo a ese primer capítulo. Cada una de sus frases puede darnos una verdadera idea de la profundidad de La Voz del Silencio.

«Nosotros, los humanos, hablamos entre nosotros por medio de nuestra conciencia unida al espacio-tiempo. Sin embargo, si conseguimos, por un anhelo y una aspiración únicas, liberar nuestra alma, entonces nuestro Yo divino, de nuevo, puede hacerse oír en ella. Entonces, y sólo entonces, se trata del verdadero pensamiento, que es: contemplar, reconocer el plan, el designio divino, para después dar testimonio de él. De este ser humano se puede comenzar a decir que ya es uno según el cuerpo, el alma y el espíritu. Sólo en ese momento el camino se muestra al discípulo.

Desde el instante que El Libro de los Preceptos de Oro se dirige al discípulo, interiormente: «Si tu alma sonríe mientras que está bañándose en el sol de tu vida [...] si tu alma llora en su castillo de ilusión, si tu alma se debate para romper el hilo de plata que le ata al Maestro, sabe, discípulo, que tu alma es de la tierra».

Cuando el alumno se encuentra así en el Camino, escucha por primera vez la Voz del Silencio. Es la Voz del Dios íntimo que le habla, el Dios interior; Krishna, entre los antiguos Indios, y «Christos» por los primeros gnósticos. Esta voz es la del Espíritu que desciende para unirse, por su alma, con el ser de la naturaleza terrestre.

Nada ni nadie puede hacer que esto ocurra en el ser humano si esta Voz no le habla. El alma ocupa aquí una posición clave. Si la voz del silencio es percibida, porque existe un alma que puede comprenderla, esta Voz se vuelve su Guía para siempre. Y esto sólo ocurre si ella sigue y obedece a ese Guía que es capaz de atravesar la primera fase peligrosa, pues la Voz habla de una práctica de vida que conocemos bien.

Si uno se deja arrastrar por la incesante sucesión de emociones, ¿cómo puede estar en la eternidad?

¿No se producen en la vida material altibajos? Cuando un ser humano es joven, fuerte y tiene buena salud, como se dice, tiene el «viento soplando las velas», «se baña en la luz del sol de su vida», y «canta» en su cuerpo material, ¿quién no lo desearía? Sin embargo, en un momento determinado, se sabe prisionero del «castillo de sus ilusiones», completamente absorbido por el «tumulto del mundo»; y, en otro momento, presta atención a la voz creciente de las quimeras. Y es tocado por las «lágrimas del dolor, y ensordecido por los gritos de angustia» que le penetran por el drama de la miseria. En algún momento da una razón para vivir la vida lleno de optimismo; en el siguiente momento, el horror nos fulmina. ¿Quién lo negará?

Y la voz del silencio, la voz interior de Christos dice al alma de quien comienza el Camino: «¡Que tu alma no siga y no acompañe a todas esas voces cambiantes del ser de los sentidos!» No camine en la alegría del momento ni en el dolor de un instante. Si uno se deja arrastrar por la incesante sucesión de emociones, ¿cómo puede estar en la eternidad? Escriba esto en su corazón: cuando su alma es sacudida en la corriente incesante de emociones y, en cada momento, es tocado por ello, entonces usted mismo corta el «hilo de plata» que une el alma al Maestro, ya no puede mantenerse con él en el silencio.

¿Cómo puede el alma, sin mostrar indiferencia por el devenir de la humanidad, pasar por la sala del saber y de la purificación? El alma puede liberarse de todas las emociones, tanto de la alegría como de la aflicción. Siempre puede mantenerse centra-

da en su unión sublime con la Luz, con Christos, sabiendo que así contribuye a forjar la unidad del Espíritu, el alma y el cuerpo.

Y queremos concluir esta charla con las siguientes palabras, que se vuelven entonces realidad:

«Pero, oh discípulo, si no está sometida tu carne, la cabeza fría y tu alma pura y firme como un diamante resplandeciente, entonces ese resplandor no penetrará en tu aposento, la luz del sol no calentará tu corazón, ni los sonidos místicos que resonarán de las alturas del espacio infinito alcanzarán tu oído».

Pues cuando el alma pueda cantar su nuevo himno en usted, reconocerá la resonancia y la estructura «del sonido espiritual» de La voz del Silencio, un lenguaje y una palabra que surgen de la sola y única fuente de sabiduría y de vida.

Mira, te has convertido en la Luz, te has convertido en el Sonido, tú eres tu Maestro y tu Dios. Tu mismo eres el objeto de tu búsqueda: la Voz ininterrumpida que resuena a través de las eternidades, exenta de cambio, exenta de pecado, los siete sonidos en uno solo, la *Voz del Silencio*. ✪

«tu dios y mi dios»

Para la rosacruz, un templo representa siempre un rayo del gran templo «que está en el medio», un rayo del sol divino que engloba todo y a todos. Aquel que encuentra la Luz en el templo tiene la posibilidad de elevarse. Tocado por los rayos del sol, puede ver lo que está iluminado en su ser. Así como el Sol es el punto central, la fuente de la vida de todo lo que existe en el universo que nos rodea, así Dios es la Fuente a partir de la cual ha surgido todo, la Fuente que ilumina todo, por Quien y de Quien todo proviene y hacia Quien todo regresa.

El sabio chino Lao Tse lo formula así:

*Las cosas que antaño han surgido
lo han hecho de Tao,
El cielo es límpido por Tao,
La Tierra es serena por Tao,
Los espíritus son iluminados por Tao,
Los valles son colmados por Tao,
Las diez mil cosas son engendradas por Tao,
[...] a todos ellos los ha engendrado Tao, el Uno.*

Lao Tse, *Tao The King*

LA BÚSQUEDA DE LA REALIDAD En la vida, más tarde o más temprano, llega el momento en el que uno comienza a reflexionar acerca de la realidad, a preguntarse cómo encontrarla, a plantearse preguntas sobre la existencia de Dios y sobre el objetivo de nuestra existencia en la Tierra como criaturas de aquí. Algunos dicen que no existe otra realidad; que el mundo no contiene nada permanente y que la realidad, en lo que concierne a los seres humanos, sólo consiste en una experiencia de corta duración.

Todo lo que vemos es producido por azar, como consecuencia de un proceso natural. Otros creen que el mundo fue hecho por un creador divino que se ocuparía de nosotros, los seres humanos, distribuyendo recompensas y castigos... Las religiones ortodoxas dan testimonio de ello. Quienes no pueden aceptarlo siguen buscando y tratando de responder preguntas como: ¿Por qué existe tanta confusión sobre la Tierra? ¿Por qué hay tanto caos en lugar de armonía? ¿Por qué no existe armonía y por todas partes hay sufrimiento de forma perma-

nente? ¿Por qué florece tanto la impiedad?

Con ello comienza la búsqueda de la realidad. En el mundo, a nuestro alrededor, vemos una inmensa profusión de formas. Tomemos por ejemplo, el caballo. Existen millares de caballos diferentes, pero todos corresponden a un solo tipo: el caballo. Existe una cantidad enorme de rosas u hojas de roble, pero siempre se las reconoce claramente como rosa o como una hoja de roble. Sin embargo, no hay dos que sean totalmente iguales, todas son el producto de un tipo determinado que se expresa de forma diferente.

Y continuamos reflexionando, pues percibimos en ello el **Uno** y lo **múltiple**. Ahora, el problema es que la investigación de las cosas puede realizarse en la multiplicidad porque son visibles, mientras que el Uno es invisible. Se deduce su existencia únicamente de la multiplicidad. Sin embargo, ¡paradójicamente el **Uno** es más real que la multiplicidad!

TODO ESTÁ «EN EL DEVENIR» En el mundo visible de la naturaleza, todo cambia continuamente. Todo está naciendo o muriendo, o moviéndose entre ambos. Nada llega a la perfección. Los fenómenos de la naturaleza, dice Platón, «evolucionan» siempre pero jamás «son».

A propósito de los fenómenos de la naturaleza, nuestros cinco sentidos nos dicen que son reales. Pero la razón nos dice que el Uno, el misterioso, siempre creando y siempre igual a Sí mismo, puede ser considerado más real que sus producciones siempre cambiantes. Platón escribe también

Tratado sobre la unidad y la multiplicidad

que todo conocimiento existe ya profundamente en nosotros mismos. A partir del intelecto, debemos pasar a una forma de pensamiento superior llamado «razón»; o, como nos lo enseña la sabiduría gnóstica, ponernos a pensar con el corazón. El corazón siempre es el punto central, el núcleo de todas las cosas, al igual que el corazón humano. El corazón no sólo es el motor de nuestra existencia sino también la fuente donde podemos encontrar el conocimiento más profundo. El corazón nos une al Uno, a la inteligencia, a lo múltiple.

El Maestro Eckhart (1260-1328), místico alemán, declara: «Dios está en todas partes y es perfecto en todas partes. Dios sólo actúa en todas las cosas en su esencia... Dios es lo más profundo en el interior de cada cosa en particular». Y ciertamente conoce este precepto sufi:

*«Dios duerme en la roca,
sueña en la planta,
se mueve en el animal,
y se despierta en el ser humano».*

¿QUIÉN SOY? Nuestro conocimiento de lo múltiple, de la multiplicidad de la naturaleza, está tan extendido en nuestra época que engloba el mundo entero. Gracias a él podemos comprometernos en una nueva evolución: la del ser humano que se descubre a sí mismo. Es una evolución interior. Con el descubrimiento de su ser interior, descubre la verdadera naturaleza de su conciencia. En lugar de la multiplicidad, busca la unidad. Y Peter Russell, un científico y filósofo de nuestro tiempo,

ha realizado en este contexto amplias investigaciones y expresa:

«El propio intento de encontrar el Sí mismo es comparable al esfuerzo de iluminar con una linterna una sala sombría, para encontrar la Luz. Todo lo que se encuentra son solamente las diversas cosas de esta sala sobre las que se proyecta la luz de su linterna. Es lo mismo que buscar aquello a lo que da lugar en cada experiencia. Lo que encuentro son los diferentes conceptos, imágenes y sentimientos hacia los que se orienta la atención. Pero todos son únicamente objetos de la experiencia, por lo que no pueden haber dado lugar a la experiencia...»

«¿Qué es el «yo»? Una investigación precisa le hará descubrir que su «yo» es el receptáculo que recoge y en el que se almacenan las experiencias y los recuerdos», concluye Erwin Schrödinger, otro pensador.

¿Qué es lo que queda si la mente se vuelve silenciosa, si el conjunto de pensamientos, sentimientos, percepciones y recuerdos, con los que nos identificamos habitualmente, desaparecen? ¿Nos aproximamos así a la fuente, al centro mismo de nuestro ser verdadero? Los místicos escrutan el interior de ellos mismos y encuentran su naturaleza esencial, su verdadero Ser. Ellos dicen que Dios es la esencia del «Ser», que representa el «Yo soy» despojado de sus rasgos de carácter personales. «Yo soy» es también uno de los nombres del Dios hebreo: Yavé.



El templo de Éfeso (reconstruido) estaba dedicado a Artemisa, diosa del amor y personificación de la Luna. En la Enseñanza Universal es el símbolo del alma pura, eternamente virgen

Otro nombre de Dios es el Uno, Quien parte de este «Uno» en sí mismo, quien encuentra a Dios en sí mismo, adquiere una imagen absolutamente nueva del mundo. Si igualamos a Dios en nuestra conciencia, ese concepto reviste otro significado. Encontramos todos los días en los pensamientos, las religiones y las convicciones religiosas de la gente de nuestro alrededor que siempre aplican y son ellos quienes piensan: «Tu Dios» y «Mi Dios».

La conciencia del «yo» crea la multiplicidad. El «yo» está ocupado incesantemente en separar, dividir. Es amigo de unos y enemigos de otros. A menudo, el enemigo de ayer se convierte en el amigo de mañana. Y lo que uno rechaza, otro lo encuentra bueno.

¿Puede, al mismo tiempo, coexistir algo de dos cosas que se excluyen entre sí? En realidad ni lo uno ni lo otro; pero uno de los «yoes» mantiene que hay algo malo y el otro «yo», algo bueno. El

ser humano llega tan lejos en su separar y dividir, en la clasificación del bien y del mal, que atribuye también a su Dios las mismas propiedades. Ya es hora de comprender que hay que hacer un solo Dios de «tu Dios y mi Dios».

UNA NUBE PORTADORA DE DIOS Mikhaïl Naimi escribió en *El Libro de Mirdad*: «La Palabra de Dios es un crisol. Lo que ella crea, se funde y fusiona en un todo, sin aceptar nada como valioso, y sin rechazar nada como carente de valor... Por su parte, la palabra del hombre es una criba. Atrae y rechaza lo que ella crea...

Nunca seáis cribadores, queridos Compañeros. Pues la Palabra de Dios es Vida y la Vida es un crisol en el cual todo se hace uno e indivisible; todo permanece en perfecto equilibrio y todo es digno de su autor, la Santa Trinidad. ¡Cuánto más digno debe ser para vosotros!

Nunca seáis cribadores, queridos Compañeros, y

Jamás las posibilidades de adquirir una nueva comprensión han sido tan grandes

adquiriréis tal dimensión, tan amplia en extensión y comprensión, que no habrá criba alguna que pueda conteneros.

Nunca seáis cribadores, queridos Compañeros. Buscad primero el conocimiento de la Palabra, para que podáis conocer vuestra propia palabra... Pues vuestra palabra y la de Dios son la misma, salvo que la vuestra todavía esté cubierta por los velos.

La Palabra de Dios incluye el Todo. En ella no hay cercas ni barreras. ¿Por qué vuestra palabra está llena de cercas y barreras?

Os digo que vuestra propia carne y vuestros propios huesos no son sólo vuestros. Innumerables son las manos que junto a las vuestras se introducen en los eternos depósitos de la tierra y del cielo, de donde vienen y a donde vuelven vuestros huesos y vuestra carne.

Ni tampoco la luz de vuestros ojos es solamente vuestra. Ella es también la luz de todos los que comparten el Sol con vosotros. ¿Qué podrían contemplar vuestros ojos en mí, si no hubiese luz en mí? Es mi luz la que me ve en vuestros ojos. Es vuestra luz la que os ve en vuestros ojos. Si yo estuviese en la obscuridad total, cuando vuestros ojos me contemplaran, sólo verían una obscuridad total. ¡Cuidado, pues, con las cercas! Cuando cercáis algo, ponéis el engaño dentro de ella y dejáis la verdad fuera. Y cuando os volvéis para veros dentro de la cerca, os encontráis frente a la muerte, que es otro nombre del engaño.

Inseparable de Dios, ¡oh, monjes!, es el Hombre. Inseparable, pues, de sus semejantes y de todas las criaturas que proceden de la Palabra.

La Palabra es el océano, vosotros sois las nubes. ¿Y

la nube no es acaso nube por lo que contiene del océano? Y en verdad, poco juicio tendría la nube que desperdiciase su vida para afianzarse en el espacio, con objeto de conservar su forma y su identidad para siempre. ¿Qué resultado cosecharía con estos vanos esfuerzos, sino esperanzas deshechas y una amarga vanidad? A no ser que se pierda, no se podrá hallar. A no ser que muera y desaparezca como nube, no podrá encontrar el océano que tiene en sí misma y que es su único ser.

El hombre es una nube que contiene a Dios en sí mismo. A no ser que se vacíe a sí mismo, no podrá encontrarse. ¡Y qué alegría la de vaciarse!»

Somos libres de elegir y no permanecer encadenados a las tradiciones espirituales en las que hemos nacido. Estamos al corriente de las culturas del otro lado del mundo como el budismo, el hinduismo, el sufismo, el antiguo gnosticismo, la sabiduría hermética, el misticismo del pasado, el pensamiento moderno... El anhelo del despertar interior jamás ha sido tan grande como hoy. Aparecen, con profusión, revistas, películas y libros con relación a todos los problemas de la vida; meditación y yoga parecen proponer soluciones. Si nos volvemos verdaderamente conscientes de nuestra naturaleza terrestre, esto quizá pueda significar una total revolución por nuestra parte.

¿Estará capacitado para emprender un cambio fundamental un ser cuyo pensamiento cambia y se reforma así ante la multiplicidad de las cosas? ¡Sí, desde el momento en el que ya no pase más por la criba lo espiritual, el propio Dios en él! Y ya no le atribuya a Dios su propia inteligencia, totalmente humana. De tal modo que para él sean significativas

Si algo es simple, es evidente que la conducta será igualmente sencilla y sin problemas

las conocidas palabras:

Y la Palabra era la vida

Y la Vida era la Luz de los hombres,

Y la Luz luce en las tinieblas

Pero las tinieblas no la han comprendido.

LA COMPRESIÓN ES LA PROPIEDAD DEL

ALMA En el libro «De la aflicción del alma», escrito atribuido a Hermes Trismegistos, leemos: Yo describiré tu estado, oh alma, pues he reflexionado sobre él desde hace mucho tiempo. Tú dices y confiesas que deseas, de buena gana, ser salvada de la pena y de la aflicción, pero en realidad las buscas y las persigues, y tienes envidia de quienes las poseen. Dices y confiesas que aspiras a la dicha y a la alegría, pero en realidad las rehúyes, te alejas de ellas y rechazas seguir hacia adelante en el camino que conduce a ellas. Tal comportamiento es contradictorio. Sólo se presenta en un hombre carente de sencillez, que no se mantiene en la unidad y en quien se mezclan y combinan elementos dispares. Pues, sin lugar a dudas, la sencillez entraña una forma de obrar sencilla y sin conflicto.

Dado que los propios sentidos son elementos compuestos, perciben las cosas compuestas; pero el Espíritu, que es uno e indivisible, comprende lo uno e indivisible. Observa como los pensamientos puestos en contacto con las cosas concretas compuestas pierden la unidad propia de la realidad y de la alegría del verdadero conocimiento. Pero cuando la mente regresa a la unidad, cuando abandona lo compuesto y lo heterogéneo, y rechaza las cosas complejas unidas al espacio y al tiempo, comprende mejor lo único y eterno.

Esta explicación muestra claramente que la vida del alma depende del abandono del mundo material y que la permanencia en el mundo material causa los múltiples sufrimientos de alma y su muerte.

Busca, oh alma, la verdadera comprensión a través de las cosas existentes y aprende a concebir su esencia negando sus cualidades y cantidades. La existencia y la esencia e las cosas son conceptos simples que el alma puede comprender, inmediatamente y sin intermediario; mientras que sus cantidades y calidades son múltiples y limitadas por el espacio y el tiempo.

Y sabe, oh alma, que es imposible adquirir ninguna comprensión en el mundo de la multiplicidad. En ese mundo, tú no puedes permanecer ni aprender. La comprensión es lo propio del alma. Ahora bien, la comprensión verdadera abandona las cosas del exterior. Coge el conocimiento de la simplicidad e ignora la multiplicidad».☸

